

UNA ESCUELA CRISTIANA ACONFESIONAL. LA DE DON MILANI.

INTRODUCCION

Este trabajo deja al margen dos cuestiones importantes. Una: la regulación política de la escuela en un país, el nuestro, por ejemplo. Dos: las características globales de la escuela de Barbiana, que deben tenerse en cuenta para comprender su religiosidad, pero que no son exclusivamente religiosas.

El trabajo se centra en la naturaleza concreta de la confesionalidad cristiana de la escuela, tal y como la concibe Don Milani. La suya es, sin dudar, una escuela cristiana y, sin embargo, se realiza como tal de un modo que no duda en llamar *aconfesional*. Esta paradoja merece ser estudiada porque aporta en la Iglesia una nueva perspectiva del tema, ampliamente verificada en la práctica de Barbiana.

Ahora que tanto se habla de la conveniencia o no de la confesionalidad explícita de las escuelas, sería ingenuo pensar que ésta se entienda y se realice de un modo unívoco. Pueden existir —en teoría al menos— escuelas regidas por religiosos, incluso, con profusión de actos de fe manifiestos y hasta obligatorios, que, por la concepción de vida que inculcan y desarrollan y por la escala de valores que traslucen, sean perfectamente agnósticas o ateas. También lo contrario es posible, al menos en la práctica.

El trabajo, pues, se circunscribe a un intento de iluminar para los creyentes la complejidad que se encierra tras la idea de confesionalidad cristiana escolar. (Por *escuela* entendemos la enseñanza obligatoria principalmente).

La primera de las cuestiones arriba marginadas, ni depende ni se implica en nuestro estudio, fundamentalmente teológico, sino en una concepción de las libertades de los individuos y los grupos que —por razones sociopolíticas— debe quedar perfectamente clara:

Grupos e individuos deben tener la posibilidad de crear y gestionar escuelas acordes con sus credos religiosos o ideológicos, si no ofenden ni defraudan los objetivos de ese servicio público que se ha impuesto el país.

La segunda cuestión que no abordamos ahora, debería quedar sobreentendida: una escuela no puede definirse en materia religiosa por el número de veces que menciona u omite el nombre de Dios, sino por ese cúmulo

de cosas en que consiste precisamente la totalidad indivisible de la escuela. Habría, pues, que describir entera la de don Milani para comprender exhaustivamente la naturaleza de su *aconfesionalidad*. Sería demasiado prolijo en un artículo y dado que don Milani ha dejado alusiones directas a nuestro tema en varios lugares, nos ceñiremos a ellas únicamente.

Escogemos tres, que nos resultan más directas y completas y en diferentes contextos, para que el lector conozca por sí mismo la expresión del autor, que sencillamente glosaremos con breves notas y otros textos suyos¹.

I.—LA ESCUELA CONFESIONAL

El texto más reciente sobre el tema y publicado por él mismo, meses antes de su muerte, es el que mejor puede garantizar un pensamiento evolucionado al respecto. Lo encontramos en la *Lettera a una Professoressa*² y se refiere a la última de las tres proposiciones concretas que se ofrecen como alternativa de tantos errores denunciados a lo largo de la Carta. La escuela, se ha dicho allí, es selectiva a favor del amo del capital, que se sirve de los maestros para aplicar un principio engañoso: *escuela igual para todos* (en la que sucumben los más débiles, los pobres, según confirman las estadísticas). La *Lettera* ofrece a la maestra un triple camino de salida: no haga repetir a los pobres; si es que le parecen tontos, hágales escuela a pleno tiempo; si no muestran interés, ofrézcales un fin mejor para estudiar. Y es al explicar este último punto, cuando dice:

•Un fin.

Hace tiempo existía la escuela confesional.

(Nota: escuela confesional = escuela que declara abiertamente que quiere llevar a los chicos a una determinada religión o idea política).

Un fin y digno de buscarlo, lo tenía. Pero no servía para los ateos.

Todos esperaban que la sustituyérais por algo grande. Al final habéis dado a luz un ratón: la escuela del provecho individual. Ahora ya no existe la escuela confesional. Los curas han pedido el reconocimiento y dan notas y diplomas como vosotros. También ellos proponen a los chicos el Dios-Peseta.

La escuela comunista propondría algo mejor, pero no quisiera ser maestro

1 Hemos consultado para esta tarea todos los textos publicados hasta la fecha y los inéditos depositados —por sugerencia de sus familiares— en el Istituto per le Scienze Religiose di Bologna, dirigido por el profesor Alberigo. Es evidente que existen más textos inéditos, cuyos propietarios retienen aún, pero es tanto ya el material existente que difícilmente se podría romper su coherencia al aparecer otros nuevos. Sobre el tema de las fuentes, v. Di Giacomo, M. 'Gli inediti di don Milani', y Pombeni, P., 'Sugli inediti di don Milani', ambos en IDOC-Internazionale 2 y 6 (1976) 61-64 y 75-76 respectivamente.

2 Libreria Editrice Fiorentina, Firenze 1967. Hay traducción castellana en Nova Terra, Barcelona 1970, pero preferimos nuestra propia traducción del original italiano, que citamos abreviadamente *Lett. Prof.* Se trata de un trabajo de grupo realizado por ocho alumnos de la escuela bajo la dirección de don Milani y firmado: Scuola di Barbiana.

y tener que medir las palabras. Ver la duda en los ojos de los muchachos: ¿dice la verdad o la consigna?

¿No va a haber más remedio que pagar la igualdad a este precio?» (pp. 93-94).

El texto revela una gran estima por la escuela que se confiesa a sí misma religiosa. No era don Milani, ni en sus palabras ni en sus hechos, amigo de disimular nada y si le vemos más adelante defender una escuela aconfesional, será por otras razones.

Escuela definida, no neutra.

En el sentido amplio de la palabra *confesional*, como declaración de la finalidad de la escuela, no hay duda de que desea la máxima claridad. No hay neutralidad posible y toda la *Carta a una Maestra*, es una denuncia contra la ambigüedad³, hasta el punto de proponer al Estado la creación de dos escuelas —confesionales en sentido amplio las dos—: la del Servicio Social, «para quienes han decidido dedicar su vida sólo al servicio del prójimo», y las otras «Escuelas del Servicio del YO», dejando las que hay, tal como están⁴.

Insiste en que el maestro sepa bien —y revise en su praxis— donde quiere llevar a sus alumnos⁵, sin dejarse arrastrar por la inercia de programas, estructuras y modas hacia destinos que no suscribiría, tal vez, si los supiera desenmascarar. De hecho el sistema sociopolítico imperante va imponiendo a través de la escuela una mentalidad y unos valores que no por implícitos dejan de ser bien determinados y, aún sin quererlo, *confesados*.

Incluso confesional estricta.

No obstante, nuestro texto —cuya nota expresa una confesionalidad restringida (religiosa o política)— estima también esta confesionalidad estrecha.

Don Milani mismo en su primera época como sacerdote, trató de dar el mayor número posible de clases de religión en la escuela⁶. Incluso elaboró

3 «Pero, ¿por quién lo hacéis? ¿Qué sacáis de hacer odiosa la escuela y de echar a Gianni a la calle? Va a resultar ahora que sois más tímidos que yo. ¿Teméis a los papás de Pierino? ¿A los colegas de las escuelas superiores? ¿Al inspector?» (p. 78). «Ciertos colegios de curas son más leales. Son instrumento de la lucha de clases y no lo disimulan ... mañana y tarde al servicio de un solo amo. No sirviendo a dos señores, como vosotros» (p. 65).

4 *Let. Prof.*, p. 112.

5 «Aquella profesora se había parado en la Primera Guerra Mundial. El punto exacto en el que la escuela podría enganchar con la vida. Además en todo el año no había leído ni un solo periódico en clase. Seguramente se le habían grabado en la vista los carteles fascistas: "Aquí no se habla de política"». *Let. Prof.*, p. 27.

6 «Siccome non é pagata affatto così ho potuto insistere e sarà credo un lavoro molto utile. Abbiamo diritto a far 20 ore per classe, ma io furbamente per consiglio d'un mio amico ho chiesto di fare mezz'ora, così i ragazzi son più attenti e invece di 20 sono 40 giorni cioè tutto l'anno. Abbiamo diritto solo 3ª, 4ª en 5ª, ma qualcuno è riuscito a fare anche 1ª e 2ª perché in genere le maestre son

un original catecismo sobre el Nuevo Testamento, que aún conserva valor⁷ y proyectó una escuela superior de catequistas laicos⁸.

Pero ya imposible.

a) Pero, no obstante, el texto da por acabada tal confesionalidad: porque no sirve para los ateos y porque se ha degradado.

Sorprende la primera razón cuando hay una constante selectiva en las proposiciones escolares de don Milani. Abiertamente propone el clasismo como un requisito esencial de su escuela⁹, si bien es verdad que por razones que están impidiendo la igualdad de los hombres. Es decir, se trata de un clasismo en pro de su eliminación: dedicarse a los últimos para suprimir el desnivel cultural y humano que los deja al margen y los pone al dictado. Por eso no es raro que rechace cualquier otro clasismo que provoque nuevas diferencias, religiosas o políticas. Más aún, su amor a la verdad universal, que como maestro está acostumbrado a buscar con todos, le impide concebirla en monopolio¹⁰, tanto si se trata de dejar fuera de ella a quienes más

ben contente di fare meno fatica. Così avrei 10 classi cioè quasi tutto il mio popolo eccetto qualcuno che va a scuola al Donnini». Carta a su madre del 20.10.1947, recién llegado a su primer destino sacerdotal (L. Milani, *Lettere alla Mamma 1943-67*, Mondadori 1973, p. 71). Ese mismo año comenzó la escuela vespertina privada, suya.

7 Trabajó este catecismo intensamente en 1950. Sin llegar a imprimirlo, lo experimentó y divulgó con ayuda de otros sacerdotes amigos. En la época de Barbiana ya no estaba de acuerdo con el trabajo realizado y pidió que destruyeran el texto original que, por insistencia de quienes le rodeaban, se conservaba aún, inédito (V. *Lett. Mamma*, p. 86).

8 «...la "Scuola d'alta cultura religiosa per gli insegnanti elementari" con sede in Sesto Fiorentino. La quale é una iniziativa meravigliosa di quelle che vanno alla radice del male e che son destinate a rinnovare completamente non dico solo il circondario di Sesto, ma la Toscana intera...» (Carta a su madre del 22.7.1948 en *Lett. alla Mamma*, p. 74).

9 «se deriva la necesidad de organizar nuestras escuelas parroquiales con criterios rígidamente clasistas. No nos interesa tanto rellenar el foso de la ignorancia cuanto el abismo de las diferencias. ... El clasismo en este sentido no es una novedad para la Iglesia». L. Milani, *Experiencias Pastorales* (Ed. Marsiega, Madrid 1975) p. 206. Original italiano: *Esperienze Pastorali* (Libreria Editrice Fiorentina, Firenze 1958). Citamos de la edición española y la nombramos con E.P. de aquí en adelante.

10 «...fuimos varios y don Lorenzo sin muchos cumplidos nos dijo: "Muchachos, os prometo delante de Dios que esta escuela la hago sólo para daros la cultura y que os diré siempre la verdad en todo, tanto si conviene a mi empresa como si la deshonra". ... Nos quedamos porque contradecía al Gobierno, contradecía a los democristianos y nos contradecía a nosotros (*comunistas*). Y le dijimos: "¿Y entonces quién tiene razón?". Y contestó: "...La verdad no es de una parte. ¡Aquí no hay monopolio como en el tabaco!" (E.P., p. 252).

«... Cercare di capire che il male e il bene non son tutti da una parte, che non bisogna mai credere né ai comunisti né ai preti, che bisogna andar sempre controcorrente e leticare con tutti, e poi il culto della onestà, della lealtà, della serenità, della generosità politica...». Carta a su amigo G. Meucci del 25.6.1951 en *Lettere di don Lorenzo Milani Priore di Barbiana* (Mondadori 1970) p. 6. (Nombramos este texto LPB en adelante).

lo necesitan, como sería el caso de los ateos, como si se trata de dejar fuera de ella ciertos aspectos menos convenientes para la estrategia del partido.

Desde un principio, comunistas y democristianos estuvieron unidos —¡en aquellos años de la excomunión!— junto al maestro y cura don Milani ¹¹, en una nota viva irrefutable de auténtica reconciliación ¹².

Es lógico que cite la exclusión voluntaria de los ateos como un inconveniente de la escuela confesional, que no sustituyen sus ventajas ¹³.

b) Pero hay más: tal escuela ya no existe. Los curas han pedido la homologación de sus escuelas y, lo que es peor, las han asimilado a las

11 Don Milani no era maestro estatal. Su escuela era absolutamente independiente y privada, tanto la vespertina para obreros jóvenes, que organizó en Calenzano de 1947 a 1954, como la de Barbiana, con chicos más pequeños, hasta su muerte en 1967. A ambas trató de darles la validez legal máxima en beneficio de los chicos: incorporó un maestro estatal para adultos a la primera (v. E.P. p. 211) y en la segunda preparaba también a los muchachos *libres* para los exámenes oficiales, primero de Avviamento (especie de Formación Profesional) y luego para la Scuola Media (V. LPB, pp. 149 y 153).

12 A lo largo de este artículo veremos la sorprendente coincidencia de la práctica de don Milani con doctrinas expuestas por la Sagrada Congregación para la Educación Católica en el documento titulado *La Escuela Católica de 1977* (Edición castellana Políglota Vaticana) en el que se recogen con un nuevo matiz algunos párrafos de la *Gravissimum Educationis* del Vaticano II. Por ejemplo: «(La Escuela Católica) en algunas naciones, como consecuencia de la situación jurídica y económica en la que desarrolla su labor, corre el riesgo de dar un contratestimonio, porque se ve obligada a autofinanciarse aceptando principalmente a los hijos de familias acomodadas. Esta situación preocupa profundamente a los responsables de la Escuela Católica, porque la Iglesia ofrece su servicio educativo en primer lugar a «aquellos que están desprovistos de los bienes de fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia, o que están lejos del don de la fe» (Vat. II, G.E. 9). Porque dado que la educación es un medio eficaz de promoción social y económica para el individuo, si la Escuela Católica la impartiera exclusiva o preferentemente a elementos de una clase social ya privilegiada, contribuiría a robustecerla en una posición de ventaja sobre la otra, fomentando así un orden social injusto» (§ 58). (A este respecto el mérito de la *Lett. Prof.* ha sido el desenmascarar, con estadísticas en la mano, que hasta una escuela gratuita, como es la estatal, e interclasista, favorece a los más acomodados; y, de ahí, para la escuela privada —parroquial—, su propuesta de que sea *rigidamente clasista* (sólo para los pobres). Al menos al nivel estrictamente privado del «doposcuola» (los repasos). «I preti forse potrebbero fare il doposcuola. Ma molti non sanno amare con la durezza del Signore. Credono che il sistema migliore per educare i ricchi sia di sopportarli» (*Lett. Prof.*, p. 90).

13 El 19.8.1950 escribía a su madre: «Ieri ho brigato pre la scuola popolare e ho convinto il Proposto dopo una lunga perorazione a lasciarmi seguire a tenerla in quella santa atmosfera d'apparente ateismo che mi pare una delle sue premesse essenziali» (*Lett. Mamma*, p. 93). Y el 29.4.1953 en un memorandum al Cardenal Dalla Costa, a propósito de diversos malentendidos, don Milani le decía: «Comunisti e democristiani han seduto per sei anni negli stessi banchi sotto l'influsso profondo di un prete che non ha fatto nulla per vincerli ma solo per convincerli. Così è per molti caduto il muro della divisione, per quasi tutti l'idolatria dei partiti e dei giornali, in tutti cresciuta la stima per l'oggettività inattaccabile di quel prete. Mi si accusa di non avere in classe il Crocifisso e che in classe non parlo mai ex professo di religione. Prima di trovarci a che ridere bisognava esaminarne con serenità gli scopi e i risultati» (*Lett. Mamma*, p. 101).

demás en sus fines. Ahora no se trata ya de «llevar a los chicos a una determinada religión», sino —en la práctica— de impartir los títulos que el Estado requiere para repartir los puestos y las retribuciones. Tal práctica no necesariamente ha sido una innovación en la empresa escolar, sino una nueva exigencia en la clientela. La sociedad ha ido materializándose hasta el punto de utilizar la cultura como base de discriminación económica. (En otros tiempos, no siempre cultura y riqueza andaban juntas). Quien asiste hoy a una escuela, del grado que sea, está motivado, en la gran mayoría de los casos, por intereses de titulación y situación en la vida. Quien la dirige no puede evitar que de cuanto imparte se aprecie sólo lo que interesa a quienes la frecuentan, máxime si a ello responde bien.

Si encima está directamente pagado por su cliente, terminará enteramente a su servicio en la dinámica de la oferta y la demanda. Sin quererlo se verá utilizado y cuando aproveche mil ocasiones para inculcar sus verdaderos fines, será juzgado mal, como oportunista y mixtificador. La legislación italiana —como en España y otros países— (no hecha precisamente por los pobres), puso las escuelas confesionales católicas al alcance económico sólo de los ricos (incluso de los propios legisladores), con lo cual el ciclo se ha cerrado sobre sí mismo extenuando la escuela de la confesionalidad de fines: primero existía la escuela confesional; luego la utilizaron para otros fines quienes la pagaban; finalmente hasta impidieron el acceso a los pobres. Ha cambiado el sentido cristiano y católico de su existencia. «También ellos proponen a los chicos el Dios-Peseta». No se trata de un malicioso juicio de intenciones sobre los religiosos de enseñanza; se trata más bien de desvelar la situación de hecho. Se fomenta la discriminación social, procurando un servicio cultural que se utiliza para el combate. En la pretensión de una institución formalmente cristiana (confesional) se realiza algo profundamente anticristiano: el mantenimiento de estructuras opresivas.

Han bastado dos líneas en la *Carta a la Maestra* para poner el dedo en una llaga dolorosa: No basta para que una escuela sea cristiana, que lo pretenda su dueño o que la llene de pretendidas ideologías cristianas. El Evangelio de Jesucristo no es una de ellas; sino más bien una liberación que se anuncia y se produce. Si por alguna razón ya no es así, la ideología cristiana y católica superviviente, no hará sino camuflar la evaporación real del Evangelio.

Por el contrario, donde lo sea (aun sin explicitarse como anuncio de semejante Buena Noticia) tal Evangelio se está realizando. («Id a contar a Juan lo que habéis visto y oído...», Mt. 11, 2 ss.).

c) Finalmente, la homologación académica ha comportado incluso un nuevo inconveniente: ha impuesto los programas estatales, poco serios con el mensaje cristiano. «Tres años sobre Dante y ni un solo minuto sobre el Evangelio. No digáis que el Evangelio es cosa de los curas. Aún prescindiendo del problema religioso, sigue siendo el libro que había que estudiar en todas las materias y grados» (*Lett. Prof.*, 120).

Este tema, que retorna en don Milani al final de su vida, es frecuente en sus obras. Incluso en su actividad sacerdotal, dedicaba la homilía a una

exégesis minuciosa del Evangelio, que en los últimos años hacia en la propia escuela¹⁴. Pasamos así al problema de la educación de la fe en la escuela.

II.—RELIGION EN LA ESCUELA

El segundo de nuestros textos para la comprensión de la aconfesionalidad de Barbiana, es anterior; justamente el punto de partida de su interés por la enseñanza en conexión con la pastoral. En efecto, el libro *Esperienze Pastorali* publicado en 1958, es la síntesis de sus observaciones de sacerdote neoconverso durante sus primeros años en la parroquia de San Donato (Calenzano, Florencia). Un pueblo agrícola en pleno proceso de transformación industrial en la Italia democristiana de después de la guerra mundial.

Comienza con un análisis estadístico de la instrucción religiosa de su pueblo a partir de la catequesis parroquial y escolar. Minuciosamente constata que un quinto de la instrucción impartida en seis años de escuela es directamente religioso y el resto en ningún modo puede considerarse anti-religioso dadas las leyes vigentes hasta el momento e incluso la potestad del párroco para ejercer como un inspector en materia de religión¹⁵. «Nos parece —comenta— que un católico ya no puede pretender del Estado más de esto. (Incluso a algún católico de sentimientos democráticos, hasta le parecerá demasiado)» (E.P., 38). Sin embargo, los resultados no son los que cabría esperar: «el pozo de ignorancia religiosa de los adultos de nuestro pueblo, prueba que el mucho catecismo que reciben los chicos no deja de sí ninguna huella más de la edad infantil» (E.P., 40)¹⁶.

14 Su escrupuloso amor a la investigación de la verdad —posiblemente heredado de su familia— y su dedicación intensiva durante los años de seminario al estudio de la Sagrada Escritura, configuraron el método de lectura bíblica que aplicaba después en su escuela, desde los primeros años de la catequesis en Calenzano hasta los últimos de Barbiana: «...lettura del Vangelo su una sinossi, critica del testo, questioni linguistiche e archeologiche ... gente che legge correntemente il testo greco e all'occorrenza sa metter gli occhi sull'ebraico» (*Lett. Prof.*, p. 121). Un estudio detallado de la cristología subyacente a la espiritualidad de don Milani está aún por hacer. Por ahora véase Balducci, E., 'La fede di don Milani', *Testimonianze* 125 (1970) 463-72.

15 Incluso observa que «la gran mayoría de los maestros militan en las organizaciones sindicales y profesionales católicas (la Asociación Italiana de Maestros Católicos reúne en Italia 56.000 asociados de un total de 180.000 maestros —31%—. Pero en las elecciones para el Consejo Superior la lista AIMC consiguió 120.000 votos, equivalente al 80%, mientras que la lista autónoma contrapuesta, apenas recogió 30.000. (Por lo demás en Florencia la AIMC parece más floreciente que en ninguna parte: 43% de afiliados)» (E.P., p. 37).

16 «La afirmación no es fácilmente sostenible frente a un lector lejano. Pero podemos asegurarle que no sólo los autores de este libro, sino cualquier párroco de pueblo de esta diócesis estaría dispuesto a firmarla» (E.P., p. 39). De hecho todo el libro, a través de sus estadísticas minuciosas y sus anécdotas, ilustra esta afirmación, sacándola del terreno de las apreciaciones subjetivas, genéricas, o trascendentes, en que suele refugiarse a veces la práctica pastoral. Cumplía en Italia la función de sociología religiosa ejercida en Francia por la obra de Godin, H. y Daniel, Y., *La France, pays de mission?* (Paris 1943) aún sin ser él un sociólogo

Atribuye el hecho a la inmadurez de los niños para plantearse y resolver problemas serios, que ya nadie les ayudará más tarde a resolver, cuando abandonen la escuela y la catequesis parroquial. Por otra parte, la carencia lingüística y lógica de los adultos del pueblo, dedicados en su mayoría a trabajos duros y con menos formación escolar que sus propios hijos, hace ya imposible toda formación cristiana seria, en contraste forzoso con los intereses materialistas, pragmáticos, de la vida moderna.

Por eso su libro se convierte en una defensa apasionada de la escuela, como medio de apostolado, más aún, «como octavo sacramento» (E.P., 185), del que espera: la preparación mental lingüística y lógica que posibilite la comprensión de la Palabra¹⁷ y el estímulo de los intereses más humanos y profundos que abran los espíritus a la fe.

Aseguradas estas premisas, el problema se reducirá luego «a inquietarles el espíritu respecto a los problemas religiosos» (E.P., 41).

Y he aquí uno de los muchos textos que resume su pensamiento:

«Es muy difícil que uno busque a Dios si no tiene ansia de conocer. Cuando hayamos despertado con la escuela en nuestros jóvenes obreros y labradores esa sed superior a cualquier otra sed o pasión humana, llevarlos luego a que se planteen el problema religioso, será un jueguecillo.

Y ahora sí que hemos puesto el dedo en la llaga: que vibremos nosotros por cosas altas (...).

Cuando se tienen las ideas claras y un proyecto preciso para construir hombres capaces de afrontar victoriosamente la lucha social, entonces alcanza esa dignidad hasta la palabra que explica un poco de aritmética. Entonces es la escuela, a diferencia del juego y aún en las materias más humildes, una comunicación permanente de pensamiento. Entonces sucede que en el espacio de tres horas y tres horas por tarde y cien tardes por año, nos encontramos con que hemos comunicado y recibido tanto, que ya no hay misterios ni de este lado ni del otro. El sacerdote que hace escuela popular, sabe todo lo que hay en el corazón de su pueblo y el pueblo al que su cura hace escuela popular, sabe todo lo que hay en el corazón de su cura. Desnudo y verdadero uno ante los ojos del otro.

Y si en el corazón del sacerdote había cosas grandes habrá dado cosas grandes y si las había mediocres, las habrá dado mediocres y si había fe, habrá dado la fe.

• En siete años de escuela popular nunca he considerado que hubiera necesidad de tener también catequesis allí y ni siquiera me he preocupado de decir cosas especialmente piadosas o edificantes. He procurado sólo no decir estupideces, no dejarlas decir y no perder tiempo.

Luego he procurado cultivarme yo mismo y hacerme como me gustaría que llegaran a ser ellos. Con una forma de pensar impregnada de religión.

Cuando nos afanamos por encontrar ex profeso la ocasión de meter la fe en nuestras palabras, se demuestra que tenemos poca, que creemos que la fe es algo artificial que se añade a la vida y no, por el contrario, un modo de vivir y de pensar» (E.P., 220-22).

de profesión y limitándose al análisis estricto de una parroquia-muestra. Cf. Riccioni, G., *La Stampa e don Milani* (Firenze 1974)

17 «Semejante egoísmo de jungla es todo lo que puede encontrarse en un hombre cuando no le ha alcanzado el influjo vivificador de la palabra, es decir, del medio para recibir la aportación de sus semejantes y, sobre todo, de un semejante suyo, que es Palabra y que se ha hecho Carne, o sea, Palabra Encarnada para ser Palabra más convincente aún» (E.P., p. 176).

El punto de partida.

Evidentemente aquí el problema no es escolar, sino pastoral. El mismo que origina, en parte, la escuela confesional católica: «Cómo llevar a los chicos a una determinada religión». Don Milani por su rigurosa formación familiar y por la libertad de ataduras que le proporciona el ser un recién convertido sin memoria atávica de las rutinas eclesiales, se ha planteado el problema con una espontaneidad y una crudeza que resultaron «inopurtanas» (sólo eso) al Santo Oficio (que llegó a retirar el libro del comercio), aunque muy valiosas a la mayoría de los críticos. A él, sin duda, le hicieron sufrir¹⁸, máxime cuando su punto de observación no ha sido una zona cualquiera del pueblo de Dios, sino la más marginada y pobre, donde la desadaptación pastoral de la Iglesia era evidente.

Si todo el libro significa un modelo de comprensión, respeto y dedicación al pueblo (alabado incluso por no creyentes o políticos de profesión)¹⁹, sin embargo, se encuentran en su interior unas páginas durísimas, a caballo entre la compasión y el rechazo, en las que constata la depauperación habida entre la gente de la montaña italiana. Corresponden a su llegada a Barbina, tras la expulsión de Calenzano, y cuando ya su opción por los últimos era perfectamente clara. Reflejan claramente la base de su argumentación: «...yo no soy hermano de gente que se hace una ética de la mentira, cerrazón, el rechazo del razonamiento, el sometimiento metódico a las costumbres y uniformidad con el prójimo. De gente que vive con terror a los vecinos, de gente que no sabe, no digo ya hacer, sino ni siquiera seguir un razonamiento lógico y, por eso mismo, ignora cualquier principio fuera del único principio de hacer como todo el mundo... No hay nada entre ellos y yo en común y nos falta hasta el lenguaje con el que se crea, si es que antes no lo había. Ahora bien, si este algo en común hay que crearlo, me niego a crearlo a su nivel. Son ellos los que deben hacerse mis semejantes, mis iguales. He aquí por qué no hago con convicción más que la escuela» (EP.,180-1).

18 «Cuando yo estaba en el seminario venían algunos sacerdotes a dar conferencias. Nos hablaban de las dificultades de atraer a los obreros y a los agricultores. Unos proponían el irlos a buscar a los campos y a los talleres, incluso disfrazados. Otros proponían las actividades deportivas y las asociaciones. Otros hablaban de los capellanes de fábrica...» (E.P., p. 219). «Para un sacerdote, ¿qué tragedia más grande que ésta podrá suceder nunca? Ser libre, tener en la mano Sacramentos, Cámara, Senado, prensa, radio, campanarios, púlpitos, escuela; y con toda esta riqueza de medios divinos y humanos recoger el bonito fruto de ser escarnecidos por los pobres, odiados por los débiles, amados por los más poderosos» (E.P., p. 367).

19 Aparte la numerosa bibliografía recogida por Riccioni (v. nota 16) N. Fallaci ha publicado una larga carta de Luigi Enaudi, expresidente de la República Italiana, a don Milani, a propósito de E.P., como apéndice de su reciente biografía: *Dalla parte dell'ultimo. Vita del prete Lorenzo Milani* (Milano 1974) pp. 511-17.

La necesidad de la escuela.

Este punto de vista, como él mismo advierte²⁰, justifica y postula del sacerdote la escuela, allí donde se dé semejante situación infrahumana que parece extrema. Con tal evidencia él la percibió en Barbiana; a través de los muchos inmigrantes que provenían de las montañas, etc..., tenía datos más que suficientes para hacerse una imagen semejante durante los siete años de San Donato, pero en la soledad del exilio, sin duda, aquella pobreza le impresionó. Cuando, antes de dar su libro a la imprenta incrustó estas páginas posteriores, añadió una observación fundamental: «me parece que aquí en San Donato no existe una diferencia substancial de premisas... En Barbiana faltaba hasta la lengua digna de un hombre. Aquí, en parte también, pero lo que sobre todo faltaban eran los intereses dignos de un hombre. Ambas cosas sólo han podido crearse con la escuela. Por eso es para mí tan sagrada como un octavo sacramento» (E.P., 185).

Esta es la razón por la que desconfía también de la catequesis infantil y a la que atribuye su ineficacia posterior: «Tenemos al chico entre las manos cuando no tiene ni problemas ni intereses serios. Se nos va y encuentra en la familia, en el pueblo y en la fábrica, la escuela de la indiferencia religiosa...» (E.P., 40).

No propone por ello la eliminación de la catequesis de los niños, sino que se remodele como base de la religiosidad *infantil* y no como reserva de la adulta. Nótese que no se trata de despreciar la infancia desde un punto de vista psicológico, como si desconociera su importancia en la vida adulta, puesta de manifiesto por el Psicoanálisis²¹. Subraya la discontinuidad con la vida adulta, dadas las características seculares de la vida moderna que provocan problemas y soluciones absolutamente inabordables desde una fe infantil²².

20 Junto a su afirmación «no me siento párroco más que haciendo escuela», figuraba ya en la primera edición una nota al pie de página que decía: «He dicho *hic et nunc* y nada más. Los que tienen pueblos distintos, en los que se presentan los problemas de otra manera, que me dejen hablar. Yo no entro en sus asuntos. Lo que digo servirá para quienes vislumbren situaciones análogas a ésta en su pueblo» (E.P., p. 182). No obstante, varias críticas, sobre todo a partir de la que determinó el retiro del libro, escrita por A. Perego, S.J., en *La Civiltà Cattolica*, 20.9.58, ignoran esta nota y acusan a don Milani de exclusivista y unilateral.

21 Cf. la afirmación contraria en otro gran pedagogo cristiano, pero de una época totalmente diferente en cuanto a la descristianización y secularización de la vida se refiere. En 1622 san José de Calasanz escribía esta justificación de su Orden escolapia: «Si enim diligenter a teneris annis pueri pietate ac litteris imbuantur, felix totius vitae cursus procul dubio sperandus est». (Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías. Roma 1975).

22 Al terminar el capítulo sobre la fe y los sacramentos, don Milani resume «las ideas fundamentales sobre la religión que puede crearse uno de nuestros muchachos en cuanto empiece a abrir los ojos a la vida de sus padres, de sus vecinos, de la iglesia parroquial. ... En la mejor de las hipótesis (*sobre esas ideas*) podrán acercarse a la comunión frecuente a los niños, pero quedando firme en ellos la convicción de que se trata de algo propio de chiquillos y de mujeres, que ha de abandonarse en cuanto se pasa el umbral de los pantalones largos» (E.P., p. 89 ss.).

La fe no puede darse al margen de lo profundamente humano y, por tanto, quien pretenda transmitirla deberá *vibrar y hacer vibrar por cosas altas*. Ahí está la clave de cualquier escuela, so pena de ceder a la tecnología educativa el carácter personal que la verdad para serlo exige²³. En don Milani no deja lugar a dudas, pero su novedad estriba en acentuar que la transmisión personal de la fe —el contagio de la oferta y aceptación que ha cuajado en Cristo y en la Iglesia—, va implícita en la vida misma del creyente, hasta el punto de hacer innecesaria una predicación reiterativa y explícita y hasta el punto de hacer inofensiva una agresión contra la fe que prescinda de esta ley de su transmisión²⁴. «El único peligro es no ser cristiano, porque si uno lo es, tarde o temprano aparece, aun sin hacerlo aposta».

Evidentemente la escuela ha de tomar postura ante los hechos, sin neutralidad anodina y sin compromisos de partidos o de doctrinas; sin esquivar la problemática más arraigada en la sensibilidad actual, como es la sociopolítica. No en vano el texto fundamental de Barbiana es el periódico. El maestro creyente no podrá prescindir de enjuiciar los hechos desde la fe²⁵, pero el problema no es doctrinal, sino existencial: «Con frecuencia me preguntan los amigos cómo hago para llevar la escuela, y cómo hago para tenerla llena... equivocan la pregunta. No deberían preocuparse de cómo hay que hacer para dar escuela, sino sólo de cómo hay que ser para poder darla... Hay que tener las ideas claras respecto a los problemas sociales políticos. No hay que ser interclasista, sino que es preciso tomar partido...» (P.E., 223).

23 «Sólo la palabra viva del prójimo nos alumbró la verdad; sólo en su rostro se refleja como lumbre viva. Sólo cuando viene por los cauces de humanidad vivida y de persona identificada desde ella, trae la verdad iluminación, capacidad para dar seguridad en el mundo y fuerza esperanzadora. No el libro hace hombres, sino sólo el hombre hace otros hombres. Sólo la palabra, que es encendida en el dinamismo de la voz y del habla personalizantes, tiene fuerza y cobra capacidad de despertar la humanidad en quien nos oye». González de Cardedal, O., 'Carta a un profesor amigo', en *Iglesia y Enseñanza* (Madrid 1977), p. 240.

24 Cuando ha hecho la estadística de todas las incidencias de la fe sobre la educación de los niños, resume: «Si, como veremos, no basta todo esto para asegurar la instrucción religiosa del pueblo, es cosa de pensar que, aun en el caso contrario, es decir, de un Estado que organizara *la escuela elemental* en un sentido abiertamente hostil a la fe, ello no tendría un peso relevante en el nivel cultural religioso de los adultos» (E.P., p. 38). Y aun fuera de la edad infantil, en el último texto que analizaremos dice: «es inútil que trate de alejar de la escuela a los profesores ateos, porque tampoco ellos son creídos por los chicos si no los adoran» (LBP, p. 142).

25 Son frecuentes las intervenciones de don Milani en asuntos públicos, que sin duda compartía con los chicos de la escuela, en las que adopta actitudes estrictamente críticas, en cuanto creyente. Por ejemplo, escribiendo al director de *Adesso*, el periódico de don Primo Mazzolari, profundamente cristiano y de vanguardia, le dice: «*atea* é per me la frase: "noi non vogliamo cambiamenti se non avremo la sicurezza che i poveri ci guadagnano" (*Adesso* 1.7.52). A me invece non importa nulla che i poveri ci guadagnino ... l'ingiustizia sociale non è cattiva (per me prete) perché danneggia i poveri, ma perché è peccato cioè offende Dio e ritarda il suo Regno. (È la ricchezza e non la povertà che è un'offesa a Dio». (LBP, p. 15). Los ejemplos son innumerables.

Lo mismo respecto del alumno: no se trata de adoctrinarle, cuanto de provocarle ese crecimiento humano de la toma de postura en el que se ejerce también la fe «que es un modo de vivir y de pensar». Don Milani ha superado de tal manera el concepto de escuela «bancaria», que diría Freire, y sustituido por el de una escuela no solamente activa —que enseñe a aprender²⁶— sino «liberadora», es decir, que provoque de continuo la toma de conciencia y las opciones subsiguientes, que la confesionalidad dogmática de verdades y principios, apenas tiene lugar en ella y hasta se convierte en elemento de sospecha (V. nota 10).

Es curioso comprobar que el momento histórico en que don Milani escribe, le obliga a ceñirse a una problemática y a una argumentación que resulta atrasada respecto a su propia práctica y a sus intuiciones más profundas.

Experiencias Pastorales resulta una apología de la escuela como actividad propiamente sacerdotal, frente a la táctica habitual entonces, de los recreatorios parroquiales y del influjo eclesiástico sobre la política nacional electoral, hasta el punto de argumentar polémicamente como si la tarea docente fuera un delito en un sacerdote²⁷. Y de hecho se lo recriminaron duramente quienes obtuvieron luego el retiro del libro por el Santo Oficio.

Esta circunstancia le ha hecho hablar de la escuela en términos «provisionales» respecto de la fe, como si se tratara de un *preambulum fidei*²⁸. Sin embargo, tanto su práctica desde el primer momento, como la totalidad de su razonamiento, más que implícito, le llevan a superar largamente por una parte la idea de escuela como transmisión ideológica y de conocimientos y, por otra, la idea de fe como aceptación de una doctrina. Por lo cual la noción de confesionalidad queda también superada o, mejor, trasladada del campo intelectualístico de la verdad teórica, al campo existencial de la verdad que se hace en la historia, como se reflejaba incluso en la definición esquemática de *Carta a una Maestra*. Los textos que

26 Véase el Informe de la Comisión de la UNESCO presidido por E. Faure, *Aprender a ser* (Madrid 1973) y el capítulo IV del Documento final de la II Conferencia General del CELAM, sobre Educación. *Iglesia y Liberación Humana* (Barcelona 1969). Ambos escritos, aún con enfoques muy diversos, orientan la educación dentro del problema del *desarrollo* sociológico general, en el mundo o en América latina; don Milani habla en un horizonte reducido, que, sin embargo, le ha posibilitado independizarse de cualquier tentación utilitarista respecto de la educación. Un espacio más estrecho le ha permitido ahondar mucho en la humano y en el acto educativo, libre de otras estrategias.

27 «No me parece difícil demostrar que un párroco que hiciera de la instrucción de los pobres su principal preocupación y actividad, no haría nada extraño a su misión específica (concédaseme la herejía, ya que está consagrada la otra, un poco más grave, del cura que tiene su actividad principal en el salón recreativo» (E.P., p. 205).

28 «No es que tenga una confianza mágica en la cultura, como si fuera una receta infalible, como si todos los profesores universitarios fueran automáticamente más cristianos y tuvieran el cielo asegurado, mientras que lo tuvieran cerrado los incultos pastores de estas sierras...». (Aquí parece dar a *cultura* un sentido invoco, que ni tiene, ni él se lo da en ningún momento, pero el contexto no va a ello) «...con la escuela no podré hacerles cristianos, pero podré explicar la doctrina...» (E.P., p. 181).

comentaremos al final son una obra de arte en cuanto a la síntesis escuela y fe, pero, a pesar del género polémico-apologético de *Experiencias Pastorales*, están ya aquí presentes.

Resumiendo.

Resumamos entonces de nuestro texto segundo las conclusiones fundamentales respecto a la enseñanza religiosa en la escuela:

1º) La formación cristiana requiere opciones personales imposibles sin un *mínimum* de madurez humana;

2º) La catequesis infantil, por lo tanto, no basta para asegurar una fe duradera más allá de la infancia, precisamente por la carencia de madurez e intereses humanos profundos;

3º) Esos faltan también donde no haya un elemental dominio del raciocinio y de la comprensión lingüística y lógica, que permita una auténtica comunicación humana;

4º) En consecuencia, se hace necesaria para la transmisión de la fe una acción escolar previa que asegure el nivel humano, no sólo en cuanto al nivel intelectual se refiere, sino en cuanto a la provocación de intereses hondos y serios; objetivos ambos que no requieren una especial cualificación religiosa (confesionalidad), ni en maestros ni en alumnos, ni en programas, pero

5º) cuyo logro —especialmente cuando se trata de despertar intereses— depende principalmente de la relación interpersonal alumno-maestro, ya que no se trata de la comunicación objetiva de contenidos intelectuales, sino de la gestación de un crecimiento personal que va vinculado a la toma de postura ante los problemas humanos y sociales, por lo que

6º) siendo precisamente ahí, en esa vivencia personal de la existencia donde tiene lugar la manifestación de Dios y su acogida, o sea, la revelación y la fe, semejante escuela «liberadora» (y no otra) resulta evangélica.

7º) No obstante, en rigor, el momento escolar —necesario como *preambulum fidei*— es independiente del momento evangelizador explícito. De ahí su laicidad intrínseca, su aconfesionalidad y, al mismo tiempo, su valor mesiánico más que potencial²⁹.

8º) Más aún. En la hipótesis de una escuela no «depositaria» (Freire) de conceptos e ideologías, sino crítica y liberadora, como la diseña don Milani, y en la hipótesis de una comprensión de la fe no como aceptación de verdades (Vaticano I), sino, sobre todo, como adhesión personal a la liberación

29 «Milani ha avuto il coraggio di dire e di testimoniare che l'obiettivo pedagogico è lo sviluppo dello spirito critico, la capacità, diventata abito, di ragionare con la propria testa. Il passo ulteriore, quello dell'assenso di fede, è estraneo al momento pedagogico, rientra nelle libere eventualità, che vanno certo preparate e promosse, ma richiedono una struttura di rapporti e di comunicazioni radicalmente diversa». Balducci, E., 'Attualità inattuale di Lorenzo Milani', *Testimonianze* 196-7 (1977) 471-80.

que se anuncia y se realiza en Cristo, la confesionalidad dogmática resulta sospechosa de contradicción con ambas nociones.

Don Milani —a pesar de su lucidez— no es un teólogo profesional y le faltan instrumentos conceptuales teológicos para resolver la aparente contradicción, o mejor, ambivalencia de una escuela que sea aconfesional y cristiana, pero está claro que la escuela puede ser: doctrinaria, idealista y acrítica y, en este caso, de ningún modo cristiana; por más que transmitiese conceptos elaborados por la Cristiandad de otras épocas y portadores de auténticas libertades históricas que, en justicia, pudieran llamarse cristianas. A una escuela así de mala gana le daríamos el nombre de confesional-católica, por ejemplo, temiendo con el Milani que se confunda la fe con una *teoría añadida a la vida*. (Por eso mismo no sería siquiera verdadera escuela, aunque —por desgracia— pueda ser una caricatura hasta frecuente).

Por el contrario, reconoceremos la presencia del Reino de Dios en aquella escuela que desencadene a los individuos de todas las formas de opresión mental, ideológica, material, etc., no de un modo meramente privado (como de hecho puede suceder en todas las formas burguesas de liberación, que se encierran en sí mismas sin revertir en los otros), sino tensa hacia la liberación total y universal. Tanto más auténtica como escuela cuanto desde más hondo libere y hasta más arriba en el amor conduzca. La que llegue hasta lo más profundo de la marginación social, producida por el pecado de los hombres y guíe a los alumnos no al reino de la liberación personal, sino al compromiso con la liberación de sus hermanos. Para una escuela así reservaríamos gustosos el calificativo «confesional», pero evidentemente es innecesario y equivoco. Basta decir que eso es la escuela. Sin duda los cristianos la harán así, llena de «conceptos intrínsecamente sobrenaturales, aunque no lleven las iniciales mayúsculas ni la mención explícita del Nombre del Señor»³⁰.

30 El 10.11.1949 escribía a propósito de un conferenciante en su escuela: «Il Proposto l'ha trovato ateo...! Io ho goduto profondamente del suo sacro ateismo. Ti faccio un esempio: La pena di morte. Panella ha detto con finissimo scrupolo (come piace a me in quell'ambiente). "Non credo di toccare un tasto religioso se dico che nessuno è padrone della propria vita, dato che nessuno se l'è data da se...". Il Proposto ha commentato questo preambolo come laico come se Panella avesse temuto di rammentare Dio quasi per rispetto umano. E ha considerato la frase una occasione sprecata di ribadire le Massime Eterne della nostra Fede. Per me invece in questo mio momento m'è parsa la quintessenza del modo efficace di radicare concetti che sono intrinsecamente soprannaturali anche se non portano le iniziali maiuscole e la menzione esplicita del Nome del Padrone» (Lett. a Gian Paolo Meucci in Lancisi, M., *E allora don Milani fondò una scuola*, Roma 1977, p. 112).

Esta implicación del natural en el sobrenatural, de la Gracia en la historia o de la salvación en la liberación, la tiene clara hasta poder decir a propósito de una conversación con su hermano no creyente: «credo di averle fortemente provato che tutte le costruzioni di leggi morali e tutte le scrupolose onestà tipo p. es. zio Gino quando negano un qualsiasi legislatore trascendente sono a dir poco penosamente incoerenti» (23.8.1949, *Lett. Mamma*, p. 83).

III.—ESCUELA CRISTIANA ACONFESIONAL

Nuestro tercer texto es sumamente claro. Se trata de una carta escrita el 8 de octubre de 1959 al periodista Giorgio Pecorini que le había pedido su opinión sobre la escuela en vista de un par de artículos que pensaba escribir. La amistad entre ambos era relativamente reciente. Con motivo de la publicación de *Experiencias Pastorales* fueron muchos los periodistas que visitaron Barbiana. Entre ellos, Pecorini, de *L'Europeo*, acompañado de un fotógrafo, el 16 de octubre del 58. Don Milani cuenta la azarosa entrevista, que se prolongó hasta el día siguiente, en una carta a su madre del 17. El periodista se ganó la confianza, no pródiga en semejantes casos, y supo hacerse útil posteriormente a la escuela, lo cual era la llave definitiva de una larga amistad³¹. Nuestro texto hace alusión a aquel primer contacto, porque Pecorini presenció aquel mismo día la conversación de don Milani con dos sacerdotes de Cremona, interesados en el problema escolar.

La cita debe ser forzosamente larga, por respeto al autor y al lector:

«Querido Giorgio: Gracias por tu carta y por tus noticias de Malagodi³²... No sé si es un error el hecho de gustar a Malagodi, pero el caso es que cuando se habla de escuela las personas que mejor me entienden son los liberales... Sin embargo, el presupuesto del que partimos es diametralmente opuesto: yo parto sabiendo ya la Verdad; ellos salen disparados contra lo que ya la saben. Pero la manera de concebir la escuela es idéntica: una indiferencia absoluta por los dogmas. Ellos no los mencionan nunca porque no los creen. Yo no los menciono nunca por sí los creo.

Quando una cosa la tienes ante los ojos como una realidad objetiva palpable, no pierdes el tiempo en mencionarla, describirla y defenderla cada cinco minutos. Nadie escribe libros, da conferencias y organiza discusiones apasionadas para demostrar que de día hay sol y de noche oscuridad. Así hago yo con la existencia de Dios y la historicidad del Evangelio, etc., etc. ¡En la escuela se discuten cosas más serias! (O sea, lo que no es obvio).

Quienes se preocupan de meter continuamente las Verdades de la fe en sus razonamientos, son almas que mantienen atada desesperadamente la Fe a la razón, mediante la voluntad, y la mantienen con uñas y dientes por miedo de perderla, porque están ardiendo interiormente en el terror de que luego, en realidad, no sea del todo verdadero lo que enseñan.

Cada nueva idea, cada nuevo gobierno, cada nuevo libro, cada nuevo partido les pone alerta. Recuerdan la psicosis de hundimiento que se propagó tras el derrumbamiento de Barletta³³. Gente siempre puntal en mano, junto al edificio que están encargados de custodiar y de cuya solidez dudan.

No podría vivir en la Iglesia ni siquiera un minuto, si tuviera que vivir en esta actitud defensiva y desesperada. Vivo en ella y hablo y escribo con la más absoluta libertad de palabra, de pensamiento, de método y de todo. Si dijera que creo en Dios, diría demasiado poco, puesto que le amo. ¡Y comprenderás que amar a alguien es algo más que creer en su existencia! Y así

31 En el mes de enero del 59 don Milani organizó una visita a Milán con algunos chicos de la escuela y Pecorini les acogió y les procuró billetes para presenciar una representación de ópera en la Scala (V. LBP, pp. 101-6).

32 Líder del Partido Liberal Italiano.

33 «Al amanecer del 16.9.59, en Barletta, se derrumbó una casa recién construida sepultando a todos los habitantes sorprendidos durante el sueño. Hubo sesenta muertos» (Nota, p. 139).

para el resto de la doctrina. Ahí tienes el porqué mi escuela es absolutamente *aconfesional* como la de un liberalucho incrédulo.

No tengo ninguna prisa en llevar a los jóvenes a la Iglesia, porque sé que caerán por sí mismos en sus brazos, apenas se den cuenta de que son pobres criaturillas ignorantes del futuro y de todo; pequeñas y sucias criaturillas, sólo capaces de hacer porquerías, evanecerse y pensar en sí mismas.

Ese día, ¿adónde quieres que se dirijan?, ¿al marxismo?, ¿al liberalismo?, ¿al protestantismo?, ¿al ateísmo? Se volverán allí donde se absuelven los pecados y se promete —más aún, se asegura— el perdón de Dios y la vida eterna.

¿Y voy a tener que rebajarme a atraer fatigosamente a la gente hacia una Iglesia que la gente no desea, cuando sé que antes o después caerá por sí mismo el velo y correrán de por sí hacia ella? "Como la cierva a la fuente, así mi alma te desea a Ti, Dios, fuente viva. Tiene sed de Ti mi alma, etc..." (Ps. 41). ¿Y yo me voy a tener que rebajar a decir: "venid a la fuente, queridos míos, es saludable, diurética, biológicamente pura, aconsejada por el Profesor Pende, las demás aguas son dañinas, etc., etc.?"

(Sigue una larga cita de una carta que recibió de un liberal torinés a raíz de *Experiencias Pastorales*).

«...para que si es posible pongas un dedo en este aspecto profundo e imprevisto del confesionalismo escolar: sus más emperrados defensores son los católicos de fe más vacilante.

El otro aspecto del problema que quería recordarte y del que me parece ya te he hablado en otra ocasión o al menos del que hablaba inútilmente a aquellos dos curas cremonenses, cuando estabas tú también, es algo que no se puede decir, "porque entenderlo no puede quien no lo prueba" y que los curas muchas veces no lo prueban porque tienen miedo de caer en el 6º mandamiento; o sea, el amor. Cuando se quiere a los muchachos verdaderamente, como los puede querer sólo la madre que los ha hecho o el maestro que los ha parido a la vida del espíritu o el sacerdote que no tiene más hijos que los hechos con los Sacramentos y la Palabra, entonces el problema de la escuela confesional o no confesional se hace absurdo, ocioso. Aquellos dos sacerdotes me preguntaban si mi objetivo con la escuela era o no llevarlos a la Iglesia o, si no, qué otra cosa me podía interesar en el mundo, dando clase, sino ésta. Y ¿cómo les iba yo a explicar, tan piadosos y limpios, que yo a mis chavales los amo, que he perdido la cabeza por ellos, que no vivo más que para hacerles crecer, para hacerles abrirse, para hacerles florecer, para hacerles fructificar? ¿Cómo les iba a explicar que quiero a mis parroquianos mucho más que a la Iglesia y al Papa? ¿Y que si corro algún riesgo para mi alma no es ciertamente el de haber amado poco, sino más bien el de amar demasiado?

Y el que no haga así la escuela no hará jamás verdadera escuela y es inútil que haga disquisiciones entre escuela confesional y no confesional, es inútil que se preocupe de llenar de imágenes sagradas y de razonamientos edificantes su escuela, porque la gente no cree a quien no ama; y es inútil que trate de alejar de la escuela a los profesores ateos, porque tampoco son creídos por los chicos si no los adoran. Y ¿quién podrá jamás amar a los chicos hasta el fondo sin caer en el sexto mandamiento, sino un maestro que además de a ellos ame también a Dios, tema el infierno y ansie el cielo?

Aquí tienes, pues, mi pensamiento: la escuela no puede ser más que *aconfesional* y no la puede hacer más que un católico y no es posible hacerla más que por amor (o sea, no el Estado). En otras palabras: la escuela que yo quisiera no existirá más que en alguna minúscula parroquia de montaña, o en el interior de una familia en la que el padre y la madre dan escuela a sus hijos. (...).

Pero ya veo que nada de esto te puede servir para tu artículo, aún siendo

la piedra angular del problema, porque los hombres no soportan que se les escriba la verdad y si tú haces la prueba terminas párroco de Barbiana, en el mejor de los casos, o en la hoguera —o sea, en el paro— en el peor.

Recibe un abrazo ...

Lorenzo» 34.

Diferente del liberalismo.

El texto nos ofrece algunos puntos nuevos respecto a las síntesis anteriores. En primer lugar una aclaración: que la proposición de una escuela aconfesional no debe confundirse con una propuesta de neutralidad o agnosticismo liberal.

Los liberales —en política— son los dialogantes del momento. Los comunistas han recogido en el libro tántos ataques cuanto la propia pastoral parroquial, por dedicarse al proselitismo barato del juego en las «casas del pueblo» o en los «recreatorios parroquiales» 35. Por aquel entonces, la propuesta de una escuela pública, neutra, democrática, era de los liberales y con ellos, a pesar de sus elogios 36, don Milani encuentra diferencias radicales: él no omite la referencia a los dogmas por absentismo o incredulidad, sino porque los afirma en otro orden de cosas, en la opción por los últimos, en el compromiso verdadero por la justicia social; precisamente donde la escuela liberal ha fallado. «Quisiera recordarle —pone en boca de uno de sus alumnos dirigiéndose a un recensor liberal de *Esperienze Pastorali*— que el Estado lo han tenido siempre los liberales y se puede decir que incluso ahora está en sus manos y, sin embargo, mi madre es analfabeta y yo también lo hubiera sido...» 37. Una vez más la oposición no de contenidos teóricos, sino de prácticas escolares.

Así que el término *aconfesional*, que lo usa aquí por vez primera, no contiene una afirmación liberal, negativa, sino dialéctica, correctiva respecto de la confesionalidad teórica, dogmática. Mucho menos contiene una defensa psicológica de los derechos del niño a elegir por sí mismo la verdad más tarde. *La Carta a una Maestra* no deja ningún espacio a semejante concepción abstracta de la Verdad. Por el contrario, todos los textos de don Milani que puedan citarse hablan en dirección contraria: la Verdad vive en las personas y se transmite en sus relaciones; no se la puede amordazar en la

34 LBP, pp. 138-42.

35 Ni don Camilo ni Peppone, los geniales símbolos de Guareschi, hacían escuela en aquel tiempo.

36 Cf. de Blasi, G., 'Lo studio e la libertà', en *L'Eco della Scuola Nuova*, 8-9 (1958). Comentando esta reseña de E.P. don Milani dice: «inizia la serie delle lodi laiciste di origine liberale» (LBP, p. 96) y no obstante polemiza con él (v. nota siguiente); tampoco comulgó con la carta de Einaudi antes citado (según un inédito de Bologna, B IV 1); ni con el artículo del exfascista liberal Pellizzi, C., *Gli amari pascoli di don Milani*, en *La Nazione*, 23.9.58 («un articolo non del tutto contrario ... facendo insorgere l'ira dei fascisti che gli han dato di traditore», LBP, p. 99). Aceptó plenamente una carta de Nicolò di Suni, liberal torinés, al que respondió el 24.9.58 (LBP, p. 85): «nessuno di loro (*liberali*) ha quel tono umile da *mea culpa* che ella ha dato alla sua lettera e che ha commosso me, ...» y le rogaba que convirtiese en un artículo la carta recibida.

37 Ferrini, B. (Pseudónimo del propio Lorenzo Milani), 'Ho aperto gli occhi', en *Adesso*, 1.10.1958.

ilusión de que el educando la descubra un día por sí mismo (liberalismo pedagógico)³⁸, ni se la puede empaquetar en la ilusión también de que el educando la adquiera de una vez por todas (confesionalismo escolar).

Esta contraposición de la confesionalidad, digamos, «práctica», y de la teórica, no debe entenderse en don Milani como una estrategia en vista de la tibieza operativa del momento. Creemos haber mostrado suficientemente que se trata de una superación real del concepto de escuela y de fe.

La fuerza de la Verdad.

Máxime, en segundo lugar, cuando don Milani conoce por la propia experiencia de su conversión la afinidad existente entre la Verdad y el espíritu humano. No se trata de una connivencia optimística, ideal, equivalente al «anima naturaliter cristiana», sino —el texto lo refleja— postlapsaria.

En muchas ocasiones se ha referido en sus escritos privados a la búsqueda de la luz y a su acceso a la Iglesia, «donde ha encontrado —sobre todo— el perdón de los pecados»³⁹.

En su propia familia, altamente liberal, ha vivido el respeto profundo hacia los demás. Lo ha mantenido con su propia madre, hebrea no practicante, a la que siempre ha estado unido tiernamente y cuya «conversión», sin duda, ha deseado⁴⁰. Sin embargo, su renuncia radical al proselitismo persuasivo, que le hubiera sido tan fácil alimentar (en la familia y en la escuela), está garantizado en nuestro texto como una nueva *confesión* de fe en la fuerza intrínseca de la Verdad. La cual está garantizada a quien se sitúe ante ella con libertad y ésta es la función de la escuela⁴¹.

Lo mismo vale para el interior de la propia Iglesia, donde la Verdad es reina de súbditos libres y no esclava de amos celosos e intransigentes. De ahí su suspicacia frente a los defensores excesivos.

38 «Me han dicho que en ciertas escuelas americanas a cada palabra del maestro la mitad de la clase levanta la mano y dice "estoy de acuerdo". La otra mitad dice "yo no estoy de acuerdo". A la vez siguiente se cambian los papeles y continúan masticando goma con toda seriedad». «Pobre de quien os toca el individuo. El Libre Desarrollo de la Personalidad es vuestro credo supremo. De la sociedad y sus necesidades no os importa nada. Yo soy un chico influenciado por el maestro y estoy orgulloso de ello. Lo mismo que él. Si no, ¿en qué consiste la escuela?» (*Lett. Prof.*, pp. 112 y 129).

39 «Non mi ribellerò mai alla chiesa, perchè ho bisogno più volte alla settimana del perdono dei miei peccati e non saprei da chi altri andare a cercarlo quando avessi lasciato la Chiesa» (*Lett.* del 10.10. 1958 al P. R. Santilli, LBP, p. 89).

40 «Come puoi pensare che io sia ancora tanto chiuso da aver bisogno che la mamma del prete vada in chiesa? Se tu mi farai l'onore di venire a stare con me non avrai mai da venire in chiesa e nessuno avrà nulla da ridire perché tutti sanno come la penso e che non invito mai gli adulti a venire anzi molto più spesso li invito a non venire» (*Lett. Mamma*, 5.8.1950, p. 80).

41 «En cuanto a la Gracia, que es la premisa insustituible de la fe, no hay ningún motivo para creer que el Señor quiera reservar más para los muchachos catequizados irracional e ineficazmente, que no para los míos. Si nos ha hecho sacerdotes seculares hay que creer que habrá querido confiar a nuestra mente humana la tarea de buscar el camino más eficaz humanamente para allanar el camino de la Gracia. ¿Por qué habría de negárnosla luego, y abundante?» (E.P., p. 222).

El amor en la escuela.

Un último punto nuevo para la comprensión de nuestro tema. El amor al alumno.

Sólo éste puede ser el móvil de la escuela y, por tanto, exige la renuncia a toda manipulación ideológica o de conducta, aún bien intencionada. En su expresión familiar, epistolar, don Milani insiste en que se trata sólo de desencadenar a la persona para que «crezca, se abra, florezca, fructifique», sea ella misma, original y nueva, capaz de enjuiciar responsablemente, de optar por el bien, de actuar por sí misma.

En esa perspectiva el problema de la confesionalidad o no, se hace absurdo, ocioso, porque todo depende de que la persona del maestro despierte realmente en sus alumnos con el amor la libertad. Cualquier tipo de adoctrinamiento religioso o ateo (según se dice en el texto), al no arraigar en esa dinámica, está llamado al fracaso, al sectarismo ideológico, a la antiescuela.

Pero curiosamente el ciclo de la aconfesionalidad, a partir del amor, se cierra por sí mismo en la fe. Si sólo el amor es digno de ella, sólo la fe asegura el amor. Y don Milani, familiarmente, advierte los límites del amor escolar: el odio y el egoísmo. (La carta a Pecorini que comentamos, cita sólo este último, pero es frecuente en otras cartas la presentación tensional de ambos ⁴²). El amor es un don de Dios. Es fácil transformarlo en el egoísmo pedagógico, que también quiere llamarse amor y es menos raro en la historia de cuanto se crea ⁴³. Este amor-egoísmo, aparte los problemas morales derivables, crea dependencias profundas, malsanas, entre maestros y discípulos. Renunciar —por amor al alumno que crece original y nuevo ante el maestro— al adoctrinamiento ideológico y a la dependencia afectiva, es una alta cualidad del amor. El amor que da la vida y que hemos experimentado en Cristo y anunciaron los profetas de un Israel rebelde y testarudo. «Tal escuela no la puede hacer sino un católico». Extraña formulación para quien tan abiertamente ha propuesto la aconfesionalidad.

Al final de su vida la claridad es total y a su afirmación le da una forma inversa bellísima. La encontramos en dos cartas de 1966. Como Bonhoeffer —al que con tantos otros teólogos contemporáneos probablemente no leyó nunca— y que en 1944, ante el «caso auténtico» (que diría von Balthasar), proponía verter el evangelio en categorías no religiosas, don Milani, esperando la muerte, escribía así:

42 «...mi salverò anche col mio cuore carnale purché riesca tenermi un po' alla meglio nei limiti segnati da un lato dal quinto comandamento e dall'altro dal sesto. Il limite segnato dal quinto è di non odiare» (Lett. del 11.5.59 a L. Ichino, LBP, p. 113). «Considererei pervertito un prete che fosse vissuto 20 anni fra i figli dei poveri e non si fosse ancora schierato con loro fino all'estremo limite consentito dal quinto cogmandamento» (Lett. a P. Scarsella del 18.11.1965, COM-Nuovi Tempi del 12.6.77). (V. también LPB, p. 138, Lett. a Pecorini del 8.10.1959).

43 «Il libertinaggio non esclude affatto la vocazione pedagogica. Socrate era libertino: da Liside a Fedro, i suoi amori per i ragazzi son stati innumerevoli. Anzi, chi ama i ragazzi, non può che amare tutti i ragazzi (ed è questa, appunto, la ragione della sua vocazione pedagogica)». Pasolini, P. P., *Scritti Corsari* (Ed. Garzanti, 1975 pp. 254-62).

«Cuando hayas perdido la cabeza, como yo, tras unas pocas decenas de criaturas, encontrarás a Dios como un premio. No tienes más remedio que encontrarlo, porque no se puede hacer escuela sin una fe segura. Es una promesa del Señor contenida en la parábola de las ovejas, en la sorpresa de los que se descubren a sí mismos después de la muerte amigos y bienhechores del Señor, sin ni siquiera haberle conocido. (...) Es inútil que te estrujes el cerebro a la búsqueda de Dios sí o no. Te descubrirás creyente sin darte cuenta» (LPB, p. 278).

La destinataria es una estudiante napolitana desconocida, cuya carta respondió el propio don Milani, a ruego de sus muchachos. Era un período grave de su enfermedad. A los pocos días le trasladaron al hospital donde todos pensaron que moriría ya. Incluso, al cabo de un poco más de un mes, redactó un breve testamento en el que se leen unas frases no menos significativas: «...queridos chicos, os he querido más que a Dios, pero tengo la esperanza de que El no se fije en estas sutilezas y lo haya apuntado todo en su cuenta» (LPB, p. 324).

El último texto que queremos citar a propósito de la relación fe y amor en la escuela ha sido publicado recientemente por la propia destinataria de la carta. Una señora que le escribió a propósito de su intervención en la objeción de conciencia⁴⁴. El texto hace alusión a la pasión de don Milani por la escritura colectiva, que resume de alguna manera su ideal de escuela popular. Tenía la convicción de llegar al método objetivo de hacer escribir a sus muchachos con la perfección del arte, todos juntos, corrigiendo y perfilando sus intuiciones hasta llegar al acuerdo mutuo y a la máxima simplicidad de expresión para ser comprendidos por todos⁴⁵. Por eso dice:

«...el arte de escribir es la religión. El deseo de expresar nuestro pensamiento y comprender el de los demás es el amor. Y el esfuerzo por expresar las verdades que sólo se intuyen, hace que las encontremos nosotros y los demás. Por lo que ser maestro, ser sacerdote, ser cristiano, ser artista, ser amante y ser amado son, en la práctica, la misma cosa».

CONCLUSIONES

Según la práctica y los escritos de don Milani, la escuela tiene por objetivo despertar a la persona del profundo letargo de su individualidad aislada o de su sometimiento al dominio de poderes ideológicos, económicos, etcétera, la mayoría de las veces arraigados ya en las estructuras socio-lógicas de este mundo; y, simultáneamente, la misión de potenciar en él la

44 Lovato, D., 'Una lettera inedita di don Milani', en *Note Mazziane* 2 (1977) 8-9.

45 «...ci sono regole oggettive che valgono per tutti e per sempre e l'opera è tanto più arte quanto più le segue e s'avvicina al vero. Così la classe operaia saprà scrivere meglio di quella borghese. E per questo che io ho speso la mia vita e non per farmi incensare dai borghesi come uno di loro» (Lett. a Pecorini del 7.4.1967, LPB, p. 323). Falta un trabajo exhaustivo sobre la concepción del arte en don Milani; tema de gran interés que confluye en el pedagógico y en el religioso, ya desde el origen mismo de su conversión, cuando se dedicaba a la pintura.

capacidad de optar a favor de las libertades históricas concretas, empezando por los últimos, que pagan con su persona los logros de la libertad de quienes les preceden.

Ambas cosas son imposibles sin un amor profundo al educando, que garantice la renuncia a su manipulación ideológica, afectiva o social y el logro de los objetivos dichos en esa relación insustituible de alumno y maestro personalmente.

Este es el amor cristiano reconocido por Jesucristo en Mt. 25, aun cuando permaneciese anónimo entre nosotros.

Una escuela así, no sólo es requisito *previo* imprescindible para la fe cristiana, sino auténtico lugar evangélico, mesiánico, en cuanto que realiza el anuncio de la salvación cristiana en una de sus fases necesarias.

En estas condiciones se trascienden las características doctrinales normalmente atribuidas a la escuela y, por consiguiente, quedan sin sentido los calificativos tradicionales de agnóstica, neutra o confesional, si aplicados a los contenidos de la enseñanza.

Tales calificativos deberían incorporarse a las notas constitutivas del sustantivo *escuela*, en que descubrimos —con el Milani— su naturaleza liberadora y, por tanto, cristiana y católica.

Evidentemente esto lleva consigo que no se pueda reconocer la *escuela* en cualquier institución que lo pretenda y aún en aquélla que se autocalifique como católica deberá verificarse en la práctica. Si, por culpa de la situación creada por el sistema socio-económico imperante o por sus propios maestros, etc., tal escuela aparece vinculada a la opresión de los hombres o discriminante en cualquier forma, etc., habría que certificar su muerte incluso como escuela.

El análisis de don Milani ha sido tan radical que llega a desenmascarar los objetivos reales de la escuela moderna negándole al Estado la capacidad de hacer una escuela verdaderamente tal, lo mismo que a quien esté movido por intereses económicos o tácticos (de partido, etc.) o incluso ideológicos (si pudieran existir al margen de los intereses de poder).

Por eso aparece, ante el propio don Milani, la perspectiva utópica de su propuesta, lo cual es garantía de su autenticidad cristiana, por una parte, pero límite objetivo a la hora de establecer una política capaz de transformar la realidad. La *Lettera a una Professoressa* traduce en denuncia contra lo existente el aspecto escatológico de su perspectiva y, aún así, consigue sintetizar en propuestas realizables algunos aspectos escolares, no menos utópicos tal vez. En su consecución podrían trabajar especialmente quienes se han afanado por realizar una escuela confesionalmente católica.

José Luis Corzo Toral

EL TOMISMO HOY

(Con ocasión del centenario de Santo Tomás de Aquino)

I. S. Tommaso. *Fonti e riflessi del suo pensiero*; II. S. Tommaso e l'odierna problematica teologica; III. S. Tommaso e il pensiero moderno; IV. S. Tommaso e la filosofia del diritto oggi.

Pontificia Accademia Romana di S. Tommaso d'Aquino. Città Nuova Editrice, S.A.

Para honrar a santo Tomás con ocasión del VII centenario de su muerte, 1974, se han publicado estos cuatro volúmenes de *Studi tomistici*, en los que han colaborado más de sesenta especialistas en el estudio del gran doctor.

Para enjuiciar este homenaje desde una visión comprensiva y crítica es menester poner en relieve las preocupaciones que actúan entre bastidores en este acto teatral tomista. Se desarrolla en cuatro escenas, correspondientes con los cuatro volúmenes. El contenido de la representación aparece ya claro desde el título de los diversos volúmenes. Pero creemos que detrás de la temática anunciada actúan tres preocupaciones que han impulsado a la realización de esta obra.

La primera preocupación la enuncia el gran medievalista E. Gilson con esa claridad que le es propia: «Sorprende, afirma, el ver a teólogos de hoy en busca de una filosofía que les facilite la reinterpretación del mensaje cristiano. ¿Es que se ha hallado otra mejor que la de Aristóteles, asumida y completada por Tomás de Aquino?». Es éste indudablemente un gravísimo problema de la cultura cristiana actual, el cual está pidiendo mucha reflexión y madurez. ¿Se ha dado alguna aportación al mismo en estos estudios que tenemos ante nosotros?

La otra preocupación la señala Mons. Piolanti en la presentación del segundo volumen. Comenta la imagen que representa a Tomás de Aquino con la Iglesia en la mano. Bella obra artística de la intuición de Andrea della Robbia. Si el siglo XX ha sido preconizado como el gran siglo de la Iglesia, ¿tiene algo que decir sobre sus cuestiones y sus inquietudes, sobre sus aciertos y sus desviaciones el doctor angélico? Para Mons. Piolanti santo Tomás es el doctor que «*più da vicino*» hace referencia a la Iglesia desde cualquier punto de vista en que se sitúe. ¿Demuestran los estudios aquí elaborados esta tesis, ya discutible, desde su mismo enunciado, a la luz de la historia interna de la eclesiología?

La tercera preocupación es la que se ha puesto más en relieve. Ya en los mismos títulos de los volúmenes leemos estas palabras: «oggi», «odierna», «pensiero moderno». Quiere ello decir que se quiere presentar un santo Tomás en diálogo con la vida intelectual de hoy. Este diálogo pudiera ser de complementariedad, de contraste y tensión, hasta de lucha. En todo caso se siente el deber intelectual de ofrecer el pensamiento de santo Tomás «a la altura de los tiempos». De nuevo nuestra pregunta nada maliciosa, pero sí muy exigente: ¿Se ha logrado en estos trabajos un auténtico diálogo con el pensamiento y la *praxis* del hombre de hoy?

El lector advierte con estas preguntas hacia dónde se ha polarizado nuestra atención. Esperamos poder orientarle en la lectura de estos estudios y ofrecerle las respuestas que a nuestras preguntas se van dando a lo largo de los mismos.

I. S. Tommaso. *Fonti e riflessi del suo pensiero.*

En las investigaciones de este primer volumen distinguimos dos partes en las que se abordan las fuentes del pensamiento del Aquinate y su influjo posterior.

Por lo que toca a las fuentes se señalan tres hontanares distintos: los filósofos no cristianos, los Padres de la Iglesia y los escritores medievales, anteriores a santo Tomás. Dos estudios se refieren a los filósofos no cristianos: el de C. Giacon, sobre la interpretación tomista del *motor inmóvil*, y el de E. Bertola, sobre la teoría de la luz en Avicena. El segundo ha buscado un hontanar tan escondido que no se ve la conexión con Tomás de Aquino. Por el contrario, C. Giacon propone un claro acercamiento entre la metafísica de Aristóteles y la del Aquinate respecto del famoso *motor inmóvil*. En plan de historia objetiva tenemos que dejar hablar a los textos. Estos manifiestan que el acercamiento es imposible para quien se halle sensibilizado para percibir el contraste entre el cosmos aristotélico y el cosmos cristiano-tomista. Es gran mérito del Aquinate el no haber sucumbido al *necesitarismo* inherente a la concepción del *motor inmóvil*.

Cinco estudios penetran en el hontanar cristiano de los Padres de la Iglesia, en el que bebe Tomás de Aquino. Cl. Vansteenkiste, muestra la presencia de san Hilario de Poitiers en la teología de santo Tomás. Tres conceptos filosófico-teológicos son pensados por el Aquinate en conexión con este santo Padre: *imago*, *similitudo*, *verum*. Ello hace patente con qué lentitud se ha ascendido a las grandes construcciones teológicas. Otros cuatro estudios examinan el influjo de san Agustín en santo Tomás. Ch. Boyer mantiene la misma actitud de toda su vida mental sobre las relaciones del Angélico con el Obispo de Hipona. Queda bien reflejada en este texto: «On doit s'attendre à trouver entre le maître et le disciple quelques différences qui seront le plus souvent des compléments, des précisions nouvelles, des questions surgies avec le temps» (p. 80). Una crítica exigente no ha podido compartir esta actitud. En la misma concordista de Ch. Boyer, razona B. Gherardini en su estudio, *La tradizione agustiniana nella sintesi tomista*, en la que intenta un acercamiento imposible entre la teoría agustiniana de la

iluminación y la del entendimiento agente. Dos mentalidades muy diversas laten en las mismas: suficiencia de las potencias naturales en la segunda; necesidad de la acción divina en el momento cumbre de la adquisición de la verdad en la primera. G. Giannini valora la *cuarta via* de santo Tomás dentro del marco agustiniano de la misma. Aceptamos esta valoración, pero no vemos que santo Tomás haya enriquecido la prueba. Más bien ha perdido ese calor de piedad en el que envuelve san Agustín su ascenso a Dios. En el estudio de A. Trape no advertimos especial aportación a la teología de la procesión del Espíritu Santo, que no es Hijo, porque no es Imagen, sino *Don*. Bello tema que pide ulteriores investigaciones.

Cuatro estudios están dedicados a los influjos de los escritores medievales en santo Tomás. Interesante para la historia de la espiritualidad es el de J. Leclercq sobre la doctrina tomista de la contemplación en cuanto santo Tomás sustancialmente repite de modo más ordenado lo ya conocido y vivido en la tradición patristica y monástica. Sobre todo se subraya su dependencia respecto de san Gregorio Magno. El tema era ya conocido, pero es de nuevo ratificado en esta documentada investigación. F. Ruello se detiene en examinar cómo la obra de Pedro Lombardo actúa de catalizador en el comentario de santo Tomás, especialmente por lo que toca al *exitus-reditus*, que determina todo el estudio del proceso trinitario. L. B. Guillon intenta aclarar la estructura del cosmos, tal como el pensamiento medieval lo prospectaba desde su visión de la jerarquía de los seres. Analiza, con este motivo, un texto de Ricardo Fishacre sobre el puesto del espíritu dentro del cosmos. Como este problema lo enmarca dentro de la tradición de la época, viene a ser un estudio muy apto para iluminar el problema del orden cósmico, no sólo en santo Tomás sino también en los otros grandes doctores medievales. Un cuarto estudio de P. Palazzini sobre una cita equivocada de santo Tomás en relación con una misión milanesa de san Pedro Damiano puede interesar a historias locales.

En la *segunda parte* del volumen se estudia el pensamiento de santo Tomás a lo largo de los siglos. El título es muy prometedor, pero de hecho los investigadores se limitan a subrayar algunos momentos significativos. El estudio de más valor nos parece ser el de Stefan Swiezawski sobre el tomismo al final de la edad media. P. Duhem ya había advertido la perspicacia del Aquinate ante la hipótesis geocéntrica. Pero los gérmenes, echados a voleo por el doctor, no hallaron campo propio para ser fecundados. La referencia al Card. Bessarion, a la obra de Juan Capreolo en París y Toulouse, y la renovación tomista de Salamanca hacen ver la posibilidad y la necesidad de una historia del tomismo en esos siglos. G. di Napoli quiere establecer conexión entre el *Ipsum esse* tomista y la metafísica de Pico de la Mirándola. Nos parece, con todo, muy distanciada la metafísica del *Ipsum esse* respecto de la corriente platónica para que pueda darse una confluencia en Pico de la M. Pero formular una hipótesis es siempre abrir un camino. Dos estudios sobre el siglo XVI rozan externamente la historia del influjo del tomismo. Versan sobre la historia de la edición romana de las obras de santo Tomás y sobre la afinidad doctrinal entre santo Tomás y santa Catalina de Ricci.

El tomismo en el siglo XIX lo abordan tres estudios. El primero atañe a la arquidiócesis de Colonia en cuyo concilio provincial de 1860 santo Tomás fue valorado como testigo de excepción. R. Jacquín nos da un breve resumen del renacimiento de estudios medievales en Francia en el siglo pasado por obra de V. Cousin, Rousselot, Haureau, etc... Hace ver el juicio que mereció a estos pioneros de la investigación medieval el gran doctor de Aquino. Cierra este volumen un estudio muy detenido del director de la colección, Monseñor Piolanti, sobre el renacimiento del tomismo en la época de Pío IX. Nos parece muy trabajado. Pero silencia en demasía la oposición contra la doctrina de santo Tomás que se hizo sentir en el largo pontificado del mismo. Hasta en los mismos centros eclesiásticos de Roma.

II. *S. Tommaso e l'odierna problematica teologica.*

Según lo indica su título prometedor, quiere este volumen confrontar la teología de santo Tomás con la problemática teológica de hoy. En seis secciones se halla dividido el volumen que iremos sucesivamente analizando.

La primera lleva por nombre *Teologia*. Muy luego se advierte que se trata aquí de *teología natural* o *teodicea*, pues los dos estudios, a ella dedicados, versan sobre las pruebas de la existencia de Dios. L. Jammarrone hace ver cómo santo Tomás, desde su concepción del *ser* frente a la *nada*, organiza sistemáticamente su itinerario mental para llegar al Ser Supremo. Apenas roza con ello la hiriente problemática de hoy. El estudio incita más que satisface. El segundo estudio tenemos que confesar que nos ha hondamente contrariado, al negar la posibilidad de otras vías que las tomistas para llegar a Dios. Hasta el punto de no admitir más evolución en el conocimiento de las vías que un reflexionar ulterior sobre lo dicho por santo Tomás. Pensamos que estas actitudes ni favorecen en nada a la riqueza del pensamiento cristiano, ni al mismo santo Tomás. Reiteradamente declaró éste que la autoridad tenía el último puesto en filosofía. Consciente o inconscientemente, los autores de estos estudios dan la impresión de que para ciertos tomistas —creemos que son los menos— la autoridad de santo Tomás ocupa el primer puesto y el último y, también, los intermedios. Mucho ha sufrido el pensamiento cristiano de nuestros días por reacción a estos extremismos. Parece que es hora de recoger la pavorosa lección del tomismo en este siglo. Mientras el ambiente oficial presionaba más y más hacia él, las mentes se alejaban del mismo. No es por esta vía por donde el doctor angélico ha de cumplir su gran misión dentro del pensamiento cristiano.

Seis estudios comentan la *crisología tomista*. Con sinceridad que apenas, tenemos que constatar que la gran problemática cristológica actual se halla ausente. M.-V. Leroy nos recuerda lo que aprendimos en nuestro curso de teología sobre la eficiencia de las tres divinas personas en la Encarnación. Ph. de la Trinité discute el problema teológico de la conciencia de Cristo que allá por la década del 50 al 60 dio mucho que hablar y escribir. No advertimos nueva aportación. D. Berteto nos enfrenta con el secular debate teológico en torno al fin próximo primario de la Encarnación con las sabidas razones en pro y en contra. J. Lécuyer intenta darnos unos prolegómenos

a la teoría de la satisfacción pero desde su resonancia histórica a lo largo de los siglos. El tema de la Resurrección de Cristo, tan delicado y actual, lo desarrolla J. Schontz con tal ingenuidad beatífica que dice poco a favor de la teología fecunda y previsoras del Angélico. Las aclaraciones de santo Tomás sobre la «hora» de Cristo y de la Iglesia según el IV Evangelio son expuestas por G. Ferrero en un sencillo comentario exegético.

En la *sección mariológica*, G. Roschini nos ofrece el elenco de los escritos de santo Tomás sobre María y cuanto se ha escrito sobre la mariología del Angélico a partir del siglo XV. Por cierto, que es el español *Juan de Segovia* quien abre la galería de escritores, la cual se prolonga hasta nuestros días. Se trata, indudablemente, de un instrumento de trabajo, elaborado por un especialista.

Sobre la *angelología* de santo Tomás escribe F. Holböck, quien hace ver cómo el «*doctor angelicus*» es en verdad «*doctor angelorum*». El estudio carece, con todo, de novedad. Y desde el punto de vista histórico no parece posible hablar del tema sin referencia a su fuente primaria —después de la Escritura—. Nos referimos al *Corpus Dionysiacum*, al que no se hace referencia.

La *antropología* se halla hoy en alza. Ello explica que cinco estudios traten de penetrar en la antropología tomista. Dos de ellos se mueven dentro de un enmarque tradicional, al abordar B. Mondin el tema de la *imago Dei* en el *Comentario* de santo Tomás a las *Sentencias* y R. Moretti el misterio trinitario en cuanto vivencia sobrenatural, visto a la luz de la síntesis tomista. Más en directo contacto con la problemática de hoy se hallan los otros tres. El estudio breve e incisivo de Jan H. Waldrgrave pone en relieve ese *deseo natural*, deseo profundo que siente el hombre en su ascensión a Dios. Sigue a J. Alfaro al admitir que la tesis del deseo natural es una piedra angular de la antropología cristiana, tesis prácticamente convalidada por todos los grandes pensadores medievales. Lamentablemente, el humanismo cerró al hombre sobre sí. Ello motiva muy luego ese desgarramiento que se siente por doquier en la cultura moderna. La curva del romanticismo quiso corregir inicialmente tal error. Pero el espíritu técnico lo ha ahogado de nuevo. Y hoy sentimos más que nunca la asfixia. Tal vez lo más de notar de este estudio intencionado y clarividente es lo que su autor llama «ironía de la historia». Consiste ésta en que hoy, mientras los psicólogos y sociólogos insisten en que el deseo del Absoluto es inextirpable del alma humana, los cristianos predicán por doquier la secularidad. Lástima que tan sugestivo tema quede aquí tan sólo enunciado. C. Ruini creemos que ha logrado su intento de posibilitar un diálogo entre posiciones teológicas muy distanciadas en sus presupuestos y en sus preocupaciones. Este diálogo haría ver cómo la teología tomista puede proyectar mucha luz a los inquietantes problemas que envuelven el intento de hacer bajar la teología a los duros rastrojos de la vida política. El estudio quiere ser puerta de abertura. Tiene el gran mérito de incitar a ulteriores estudios. Dentro de esta problemática antropológica B. de Margerie se encara con un tema que se halla hoy en la mente y en la *praxis* del cristiano: ¿Cómo conexas las virtudes teológicas, que nos centran en Dios, con esa cierta seguridad en lo temporal

que puede acompañar la vida del justo? ¿Se puede compaginar la vida heroica del santo con un deseo legítimo de bienestar? Creemos que esta penetrante cuestión se halla más bien planteada que resuelta.

Cierran este volumen dos estudios sobre *ierología*. M.-J. Nicolás expone la doctrina de santo Tomás sobre el sacerdocio, mientras que E. Sauras se sensibiliza a las preguntas que se hacen hoy sobre el sacerdocio como ministerio. A estas preguntas se intenta responder desde la doctrina de santo Tomás.

III. S. Tommaso e il pensiero moderno.

El volumen dedicado a confrontar el pensamiento del doctor angélico con el pensamiento moderno se divide en tres secciones. En la *primera* dos estudios de investigadores muy autorizados, E. Gilson y M. F. Sciacca, se adentran por las bases de la metafísica tomista. E. Gilson centra, una vez más, su conocida interpretación del tomismo en el *esse* como acto perfectísimo. De aquí su afirmación categórica: «Concebir el *esse* como una abstracción es la proposición contradictoria por excelencia». M. F. Sciacca presenta, a su vez, una aclaración de los principios claves de la metafísica tomista: existencia y esencia, la creación, la participación y la analogía. Un colorido agustiniano a estos análisis no podía faltar en el comentario del conocido filósofo.

La *segunda sección*, que es la central, coteja la doctrina de santo Tomás con los grandes problemas modernos. L. Bogliolo advierte la vuelta al *realismo* en grandes corrientes filosóficas de hoy, especialmente a partir de Heidegger, quien busca en la misma cosa la luz que la *esclarezca*. Anota cómo ya santo Tomás ha podido escribir: «*Ipsa actualitas rei est quoddam lumen ipsius*». Sentimos que en este momento no haya tomado conciencia el autor de cómo el profesor español, X. Zubiri, ha llevado a su plenitud esta vuelta al realismo. A. Caturelli muestra la imposibilidad que tiene el pensamiento moderno de llegar al concepto de creación, sobre todo en las corrientes del neopositivismo. De aquí la ineludible tendencia de volver a los mitos del pasado. G. Siegmund percibe las dificultades para precisar el concepto de naturaleza y la repercusión de este concepto en los temas suscitados por la «*Humanæ vitæ*». F. Cacucci resume la doctrina de la imagen según santo Tomás y promete ponerla en armonía con las instancias de la mejor metafísica moderna; pero esta promesa no parece que llegue a cumplirse. A. Galli contrapone la concepción tomista de la moral de la ley y de la moral de espontaneidad. En estos días de tantas tensiones entre legalistas y carismáticos bien oportuno es conocer la síntesis de santo Tomás. Lamentamos, con todo, el que se incluya en el mismo cuadro de adversarios al voluntarismo de Duns Escoto y al nominalismo de Ockham. Reiteradamente hemos denunciado esta actitud como históricamente falsa. Una vez más lo volvemos aquí a repetir. También en el estudio de M. V. Ferrari sobre la relación moral entre los medios y el fin se toca el tema de la *suspensión teleológica* de la moral, posible para Dios, pero no para el hombre. La solución que se propone aquí es la clásica en la escuela tomista. La correlación entre la sexualidad del hombre y del animal la estudia F. Ferini a la luz del naturalismo

de santo Tomás, el cual tuvo siempre ante su vista la vida sexual inferior, para deducir mejor las características de la sexualidad humana. Tres conceptos claves en el pensamiento moderno, los de *relación*, *oposición* y *dialéctica* son confrontados con la visión tomista de los mismos por L. Salerno. Tanto desde esta visión como desde la historia del pensamiento moderno esta reflexión es más bien un programa que un intento de penetrar en la problemática que late bajo tales conceptos. P. C. Landucci realiza un nuevo esfuerzo desde el tomismo para acordar la estructura físico-química de la materia, propuesta por la ciencia actual, con el *hilemorfismo puro*. Si el esfuerzo es laudable, no comprendemos, sin embargo, que todavía se siga escribiendo en el siglo XX: «(Materia prima) *neque esse habet, nec cognoscibilis est*» (253). Tan sólo el «*magister dixit*» puede motivar el que se sigan sosteniendo estas tesis.

La *tercera sección* presenta a santo Tomás frente a los grandes filósofos modernos. G. Kalinowski lo enfrenta con Kant, Nietzsche y con Heidegger. A éste acusa, y con toda razón, de haber interpretado el *esse* de santo Tomás como si fuera una *idea*, es decir, como si fuese un exponente más de la línea metafísica platónica. El gran tema metafísico del «devenir» lo estudia A. Milano en Hegel, Kierkegaard y santo Tomás. Advierte que «tutti i teologi che oggi affrontano il tema del divenire di Dio si trovano suo proprio cammino di Hegel» (p. 285). Es decir; los teólogos buscan una metafísica a la altura de los tiempos. Y sienten la tentación de aceptar como válida la de Hegel. Este gravísimo problema se halla aquí tan sólo inicialmente formulado. Pero pone en camino para un estudio ulterior, al que ayudará la bibliografía selecta aquí propuesta. Mons. O. N. Derisi, con su nítida claridad de expositor, se detiene en contraponer las dos concepciones antagónicas del ser en santo Tomás y Sartre. ¿No cabría hallar algún punto de contacto y hasta de acuerdo? Cierra el volumen un trabajo de U. Pellegrino sobre *J. Pieper*, el pensador católico que ha buscado insistentemente el encuentro entre los principios del tomismo y los problemas filosóficos de hoy.

IV. *S. Tommaso e la filosofia del diritto oggi.*

La compleja problemática del derecho es estudiada en este cuarto volumen en un diálogo entre santo Tomás y los juristas modernos.

Abre estos estudios el prof. G. Ambrosetti, al presentar una especie de *introducción* al tratado de *justitia*, expuesto por santo Tomás en la *Summa Theolog.*, II-II, q. 57-122. Anota cómo en santo Tomás prevalece la aspiración objetivista del derecho, si bien dentro del *orden objetivo* ya sintió el problema de la *función social* de la propiedad, anticipándose a la problemática que la *justicia social* plantea en nuestros días. H. Battifol señala la tensión existente entre quienes propugnan una construcción racional del derecho a partir de ciertos principios evidentes y los que juzgan que el derecho está en función de la meta que se desea alcanzar. Forma y fin parecen luchar en este momento dentro del ordenamiento jurídico. Santo Tomás, según el autor, no da una fórmula que resuelva el problema; pero su filosofía sobre la ley permite ver que ella no es insoluble. Del estudio de D. Composta

recogemos la «postilla». En ella se nos dice que W. Liujpen, religioso católico holandés, acusa al objetivismo jurídico de santo Tomás de ser *unilateral*, *ahistórico* y *abstracto*. Bien merecen estas objeciones básicas una respuesta detenida. Sólo así Tomás de Aquino se enfrentaría de veras con el pensamiento de hoy. Que santo Tomás prolongue a Aristóteles J. Darbellay lo hace ver respecto de la noción aristotélica de naturaleza y de derecho natural. No vemos, sin embargo, cómo la justicia conmutativa se vincule a la naturaleza y la justicia legal a la convención. G. Ambrosetti, en su estudio ya comentado, afirma que la justicia legal es para Aristóteles la suprema virtud por ligarnos al Bien Común. ¿Cómo, entonces, puede esta virtud tener la primacía y pertenecer al orden meramente convencional? Merece subrayarse lo que Ph. Delhaye nos dice en su trabajo sobre la tendencia a interpretar el pensamiento medieval desde la filosofía más que desde la teología. Lo cual acaece igualmente respecto de la moral. Por lo que toca a la función de la *Ley Nueva* dentro de la moral cristiana, advierte el carácter divino de ésta por hallarse acompañada de la acción interna de la gracia. Por otra parte, la moral derivada de esta ley no se opone en nada a los valores auténticamente humanos. La reflexión de J. de Finance es un intento de aunar la concepción del derecho tomista con la historia. En virtud de que el santo doctor admite cierta variabilidad de la ley natural en cuanto depende de las circunstancias históricas, se quiere leer en ello una filosofía de la historia. Nos parece que no hay suficiente fundamento para ello. Son vistas intelectuales, tomadas desde las preocupaciones actuales, pero que no responden a las íntimas exigencias del sistema tomista. F. von der Heydte, después de anotar que santo Tomás rechazó la política en el plano fáctico, pese a que su misma familia se hallaba comprometida en ella, no rehuye abordar los problemas doctrinales inherentes a la misma. Su distinción entre el *Bien Común*, del que éticamente participan todos, y la *utilidad pública* que pudiera hallarse en oposición al ideal ético, es fundamental para interpretar el pensamiento y la praxis política posterior. El prof. español L. Legaz y Lacambra contrapone el derecho como mera función, «pura maquinaria», como propugna la escuela de Upsala y el derecho como actividad libre en bien de los demás, según la escuela krausista. Según el autor, santo Tomás nos da los principios de una vía media que evite extremismos inviables. J. Messner examina el esclarecimiento que ciertas situaciones de la vida moderna han aportado a la doctrina del derecho en santo Tomás. Quizá la nota más de señar es la visión tomista del hombre dentro del mundo, pero como imagen de Dios, con las consecuencias que esto lleva consigo en los problemas del derecho, de la economía y de la sociedad. R. Pizzorni después de elencar cómo los antecesores de santo Tomás exponían los derechos naturales, nos da la concepción tomista, ya conocida, de los mismos. Entre la naturaleza y la gracia, advierte Schmaus, hay continuidad más que diferencia en la doctrina jurídica de santo Tomás. La diferencia versa más que sobre el contenido, sobre el espíritu que anima los distintos campos de naturaleza y gracia. Pues la gracia no sólo señala lo que hay que hacer sino que existencial y ontológicamente actúa en el mismo momento de obrar. Sobre el *Bien Común* nos ofrece A. Verdross unas notas que pueden ser muy útiles al futuro investigador, pero no entra en serio en

el tema. Nos ha sorprendido el que M. Villey afirme que el influjo de santo Tomás ha sido enorme en la doctrina política posterior y también en la *praxis* de la misma. Hay casos favorables a esta afirmación, como el influjo del tomismo de F. Vitoria en las *Leyes de Indias*. Pero es una temeridad, históricamente infundada y que diría muy poco a favor de la doctrina tomista esta afirmación: «En fait, les mutations majeures de la politique moderne furent, pendant trois ou quatre siècles, dans la ligne de la doctrine audacieuse de saint Thomas» (p. 267). Como conclusión de este cuarto volumen y de toda la colección se nos brinda un interesante estudio de R. Weigand sobre los precursores de la doctrina tomista del derecho en los legistas y decretistas de los siglos doce y trece.

OoO

Si el lector recuerda las preocupaciones que señalamos en un principio como trasfondo de estos estudios y los repasa ahora sucintamente, advertirá que tales preocupaciones han sido más propósito que ejecución. Desearíamos ver a los tomistas más inmersos en lo acre y acibarado del momento actual, para llevar a tantos espíritus agrios y atormentados el pan bueno de la mejor doctrina tomista, cocido en el horno de inteligencias, conscientes de las debilidades de la hora, pero abiertos igualmente a las indudables aportaciones del pensamiento moderno.

Enrique Rivera